

Espacio urbano y sociedad: algunas cuestiones de método en la actual Historia Urbana

F. J. MONCLUS, J. L. OYON

En el desarrollo de una disciplina, hay momentos en que una síntesis, aún prematura en apariencia, resulta más útil que muchos trabajos de análisis; son momentos en que, dicho con otros términos, importa sobre todo anunciar bien las cuestiones, más que, todavía, tratar de resolverlas. La historia rural, en nuestro país, parece haber llegado a este punto.

(Marc Bolch. Los caracteres originales de la historia rural francesa, 1931).

Como pensaba Bloch respecto a la historia rural, interesa más volver la vista atrás y preguntarse sobre la actual condición de la historia urbana, que desarrollar unas técnicas cuyo objeto mismo bien pudiera quedar en entredicho. Consideramos menos urgente la discusión de las técnicas que el cuestionamiento de la propia condición de la historia urbana en el marco de la historia general; las llamadas ciencias sociales ya han sufrido las suficientes desmembramientos y especializaciones como para no preguntarse seriamente sobre el por qué de una nueva especialidad.

Quede claro que hablar de historia urbana —como hablar de ciudad— es hablar de conceptos controvertidos, de un campo de problemas, y que nuestra reflexión tratará más de enfocar los problemas actuales o, por lo menos, aquellos que pueden iluminarse mejor en una cierta continuidad temporal con el presente. Presentar brevemente la discusión a nivel internacional, creemos puede ser útil para esclarecer algunas condiciones epistemológicas de la actual historia urbana.

1. Cualquiera tentativa de reconstruir la historiografía urbana debería ir más allá de la pura lectura de las historias de las ciudades. La forma en que los historiadores de tiempos pasados escribían sobre su ciudad no era sólo una manera de ordenar lo que ocurrió sino también una forma de percibir esos acontecimientos

en su realidad presente. Ello exige contemplar cómo tal percepción concibió las realidades del pasado pero, también, la propia concepción del historiador sobre su tiempo; las historias de ciudades reflejan, así, tanto las preocupaciones por los distintos períodos históricos como las preguntas que plantea a la conciencia del historiador el hecho urbano por él vivido. Este es, en el fondo, el aspecto clave de la misma definición de la historia urbana hoy: la debatida cuestión sobre sus límites y validez no es sino un síntoma de la profunda incertidumbre del hombre moderno sobre la naturaleza de la ciudad contemporánea. Las confusas fronteras entre la historia urbana y la historia general reflejan la más general perplejidad sobre el papel del fenómeno de la urbanización en la historia contemporánea.

Esta condición problemática de la actual historiografía urbana no se planteó en cambio, en los mismos términos, en las viejas historias de las ciudades. La historiografía urbana es tan antigua como las mismas ciudades y, sin embargo, su sentido instrumental, de arma contra el señor o el rey, a la manera en que se utilizó, por ejemplo, en las ciudades medievales, poco tiene que ver con los problemas que se plantea el actual historiador urbano.

Aquellas ciudades medievales guardaban celosamente sus cartas de fundación y los documentos que fechaban sus orígenes para proclamar su indiscutible de-

recho a unos privilegios. Cartas de poblamiento, crónicas y anales, testigos del nacimiento y ascenso urbanos, eran ordenadas en cofres que simbolizaban muchas veces la propia organización de la Historia o la ordenación del mundo: fue una historia instrumental que ejerció ese papel casi hasta los tiempos de las revoluciones burguesas. Estas primeras necesidades fueron renovadas desde el Renacimiento con motivaciones humanistas; así se descubrió en la narración de las grandes festividades y del esplendor de las instituciones ciudadanas medios de celebración —elogios, epítomes, alabanzas— de la civilización urbana.

Hasta el siglo XVIII, la noción de ciudad, que emanaba de las descripciones geográficas y de los más variados discursos sobre lo urbano, venía a coincidir con esa concepción de la ciudad como "lugar de civilización" que dominó las historias de ciudades de los siglos XV y XVI. Pero, a medida que los municipios fueron sintiendo el dominio del Estado territorial, a medida que el auge económico iba trastocando las viejas realidades, ese discurso unitario de las historias panegéricas y las descripciones ocasionales fue progresivamente escindiéndose: el discurso administrativo, económico, médico, fue, por un lado, instrumentalizando a la propia ciudad de cara a la intervención concreta; por otro lado, el eco cultural de las historias de los siglos XVI y XVII fue recogido, en forma nueva, por historiadores y so-

ciudades ilustrados que señalarán el punto de partida de la "historia local" del siglo XIX.

A finales del siglo XVIII podría contemplar ya esta escisión que se prolonga hasta nuestros días. En aquellas instrumentalizaciones de la ciudad radican los orígenes de una "cuestión urbana", de un descubrimiento de lo urbano como campo problemático y como saber a un tiempo; de ahí surgen toda una serie de observaciones y discursos estadísticos, higiénicos, económicos, más preocupados por el análisis de los problemas y las tendencias presentes que por la reflexión de la larga duración; ahí se ubican, de forma heterogénea, desde las más instrumentales guías topográficas y estadísticas hasta los análisis sociales de los higienistas, de un Engels o de un Cerdá. Mientras tanto, los estudios locales del siglo XIX continuaban reconstruyendo sus historias, haciendo "revivir" el pasado de sus ciudades: "La historia local —decían— provee el eslabón perdido que une la cadena de la tradición (...), devuelve a la vida a nuestros antepasados, enlazando los muertos a los vivos y los vivos a los que todavía han de venir". Esta historia local de carácter erudito reemplazó a la vieja historia panegírica estudiando los orígenes urbanos, reconstruyendo la arqueología de las antiguas murallas, plasmando la vida de los grandes ciudadanos; su fortuna fue variable, dependiendo de las particulares culturas y de las distintas estructuras geográficas, pero todavía hoy algunas de estas historias son un apoyo importante del historiador urbano.

Las décadas del cambio de siglo sitúan los fundamentos del hacer de la futura historia urbana. Los años de acelerado impulso urbanizador, de la emergencia de las nuevas metrópolis, señalan una profunda preocupación de las ciencias sociales por el problema urbano: la ciudad del cambio de siglo es tema de debate de sociólogos, geógrafos, demógrafos y de una nueva disciplina —la Urbanística— nacida como intento de controlar el proceso de crecimiento urbano. El diverso papel de las disciplinas en los distintos países no nos debe hacer perder de vista el fenómeno común a todos ellos: el surgimiento de unos *estudios urbanos*, con visos de especificidad. Hacia los años 20, 30 se van perfilando, poco a poco, una sociología y una ecología urbanas, una geografía y una demografía histórica atentas a las ciudades, una economía urbana, una historia del Urbanismo. Son estas disciplinas las que más tarde explicarán al historiador la relevancia de la urbanización como variable en la Historia y los métodos de análisis que aquél utilizará en sus trabajos.

A finales de los años 20 se observa ya una cierta sensibilización de la Historia hacia la ciudad. A los primeros textos de Pirenne sobre las ciudades medievales se

sumó aquella preocupación de la escuela de Marc Bloch y Lucien Febvre por las realidades geográficas; similares preocupaciones, aunque más orientadas por la historia social y económica, se observan tímidamente en Inglaterra o en los trabajos de Schlesinger en Estados Unidos. En realidad, ahí estaban puestas las bases de una posible confluencia entre el progresivo interés por historizar de los estudios urbanos y la nueva sensibilidad de la historia hacia la peculiaridad espacial y social de la urbanización. El camino fue, no obstante, difícil: aunque ya se hablaba de historia urbana, la ciudad era más —para el historiador— un observatorio privilegiado de la historia de la sociedad que una realidad con sus lógicas y dinámicas propias: que los "caracteres originales de la historia rural" fueran comprendidos mucho antes que los de la historia urbana, demuestra hasta qué punto la integración de Historia y ciudad era entonces sólo un embrión incipiente. La historia local iba encontrando, es cierto, cada vez mayores dificultades en explicar unas realidades urbanas donde comunidad y lugar ya no eran coincidentes; quizás a causa de ello, era mayor el número de historias locales a cargo de historiadores sociales y económicos. Sólo un radical desplazamiento de la atención hacia el mismo hecho de la civilización urbana podía trasladar definitivamente al historiador de la historia local —o de la historia *en* la ciudad— a la historia *de* la ciudad.

2. Las décadas 50 y 80 —sobre todo ésta última— constituyen, sin duda, el período definitorio de la historia urbana tanto a nivel conceptual como institucional. Fue entonces cuando, a caballo del impulso mundial de la urbanización de postguerra, una serie de congresos americanos, ingleses y franceses, comenzaron a cuestionarse en profundidad la función del proceso urbanizador en el cambio económico y social. En los años 60, los encuentros de Cambridge (Mass.) y Leicester, la publicación del volumen "The Study of Urbanization" y de las primeras revistas sancionan el definitivo encuentro del historiador con la ciudad.

Hasta entonces, "la posibilidad de estudiar la experiencia urbana" como proceso capaz de ser interpretado adaptándolo a cualquier tipo de comunidad, dentro de unas categorías clasificatorias, había permanecido oculta a los historiadores. Ello fue favorecido por el ascenso totalizador de la Historia y el declive paralelo de la historia local; en la Francia de postguerra, la historia regional pasó del dominio de la geografía humana al de la historia económica y social; las monografías locales inglesas de los años 50 eran objeto de estudio progresivo por parte de los historiadores económicos. Finalmente, los textos de Eric Lampard, en América aclararon que "si los historiadores de la ciudad necesitaban superar

la condición de historiadores locales, debían desplazar la atención de los lugares a los procesos, de la ciudad particular (...) al proceso de urbanización.

Debe aclararse, en principio, que esta nueva historia urbana se encuentra hoy en un proceso de definición pero también de cuestionamiento de sus propias fronteras. La mayor parte de los investigadores americanos interesados en historia urbana no aceptan hoy ese calificativo para sus trabajos; ellos mismos se consideran historiadores interesados en cualquier tipo de realidad social, y han estado cuestionando, desde los años 70, la propia fórmula de la "new urban history": su interés está, salvo significativas excepciones, en el estudio de un hecho social concreto en un contexto urbano para trasladarlo a problemas de historia general; así, por ejemplo, el tema dominante del estudio de la movilidad social en las ciudades se inscribe en el más general del cambio social y de los trasvases de clase en la cambiante sociedad americana. Esta postura es, en cambio, contestada desde la línea más sustantivista de los historiadores urbanos europeos —significativamente H. J. Dyos y el grupo de Leicester; éstos, reivindicando para sí un campo propio de estudio que, aunque conectado con las determinaciones de la historia general, conserva un área de especificidad como variable en el desarrollo histórico.

Dicha especificidad definitoria de la historia urbana se expresa, según las posturas sustantivistas, en *dos niveles* diferenciados: el historiador urbano se interesa "tanto en el general proceso histórico de la urbanización como en las particulares concatenaciones históricas que producen ciudades específicas". Precisamente ahí reside la diferencia con la historia local, cuyo posible carácter general sólo puede venir dado por la mera agregación sumatoria de monografías locales. El primer nivel, relativamente abstracto, distingue en términos agregatorios cómo y por qué sobreviene la urbanización en una serie de sociedades diferentes; el otro nivel, más concreto, explica dónde y con qué consecuencias tuvo lugar la concentración humana en ciudades singulares. En este segundo nivel, el historiador trata de relacionar en una ciudad concreta las categorías que maneja el historiador general —economía, socio-demografía, política, cultura y mentalidades— con la categoría de lo material-espacial dentro de una determinada matriz explicativa. En el primer nivel, el análisis es comparativo y el historiador trata de buscar regularidades y factores explicativos comunes a un grupo de ciudades o a las ciudades en su conjunto. El problema es, pues, doble: por un lado relacionar las causalidades entre uno y otro nivel y, por otro, descubrir las conexiones entre el concepto global de urbanización —primer nivel— con las de-

terminaciones más generales de la Historia (industrialización, cambio social,...).

Esta supuesta especificidad de la historia urbana parte de una asunción básica del historiador que constituye, a su vez, su mayor dificultad. Tanto uno como otro nivel hacen referencia a una *compartimentación espacial* de la realidad histórica, ya sea la de la cesura más general que se produce entre lo urbano y lo rural, ya la más concreta que distingue ciudades particulares. En cualquiera de los dos casos la *variable espacial* se convierte en un factor determinante y consustancial de la historia urbana —y también, no lo olvidemos, de la historia rural. *El problema de fondo es cómo relacionar espacio y sociedad, lugar y proceso*: el lugar, en sí mismo, no constituye una realidad social pero sus componentes humanos tampoco se explican sin él. El objetivo último de la historia urbana sería, una vez relacionados espacio y tiempo en una realidad urbana concreta, reconstruir los tiempos de la ciudad y, una vez comparada con otras realidades urbanas afines, los tiempos del proceso de urbanización para vincularlos a los tiempos generales de la Historia.

La historia urbana, así concebida, no es entonces un sector especializado similar a las diferentes ramas de la historia vertical; las categorías que maneja son, precisamente, las de la historia económica, social, política, cultural y material. En cierta forma, la historia urbana no es sino un lugar de ejercicio de una historia total; su esencial enraizamiento con materialidades concretas, con lugares, sólo adquiriría sentido y validez dentro de una historia total de la sociedad donde la atención al hecho espacial —en nuestro caso a lo urbano— jugase como categoría explicativa. En el fondo, las dificultades de admitir una historia urbana son las mismas que las de admitir una historia de las materialidades concretas, de las “originalidades” y de las diferencias, dentro de una historia general.

El propio H. J. Dyos ha explicitado esta condición de la historia urbana como *parte* de la historia general: la historia urbana deberá clasificar... “el comportamiento de las comunidades urbanas, ya sea entre ellas, ya en lo que tienen de común, ya en lo que las diferencia de las comunidades rurales. Hecho esto,... el especialismo de la historia urbana debe integrarse en aquella más elemental entidad, la historia social”. Junto con su hermana, la historia rural, forman la historia general, como suma de dos mundos, de dos civilizaciones, y sólo una historia atenta a los hechos civilizatorios diferenciales podrá ser la meta final de estos estudios y la que obtenga los mayores provechos.

3. Los problemas de la historia urbana son pues, en el fondo, los de una historia general atenta a las diferencias, a lo concreto.

Su *condición* es la de una constante referencia a los conceptos generales que explican las formaciones históricas para relacionarlos con una materialidad concreta; no debe perder contacto con los grandes sistemas de explicación histórica pero tampoco con lo urbano que, “a fin de cuentas, ésta hecho de creaciones enraizadas, fundamentalmente localizadas”. Su *presupuesto básico* estriba en que, si la Historia quiere ser una explicación del hombre y de sus creaciones, esa Historia ha de ser, ante todo, una ciencia de las diferencias —lo urbano, lo rural, las distintas particularidades urbanas y rurales. Su *problema fundamental* es el de saber combinar las materialidades con las realidades humanas y, en concreto, explicar en qué consiste esa combinación de espacio y sociedad que forman lo urbano. Sus *instrumentos* de análisis son los de las distintas historias verticales que la forman y los de los estudios urbanos preocupados por el análisis de la ciudad. Su *interés* y su contexto estratégico es el de “responder a las preguntas que nuestro mundo lanza a la ciudad, lo urbano, la urbanización. ¿No es al final la Historia un intento de componer una serie de preguntas que la sociedad se hace sobre sí misma?”

Llegados a este punto conviene detenernos sobre las cuestiones críticas que estas definiciones plantean. En primer lugar estaría la dificultad de aislar el mismo objeto de estudio. ¿Cuáles son los límites de lo urbano y lo rural en la “urbanizadas” sociedades contemporáneas?; ¿es casual qué cuando mejor se entiende “lo urbano” en la Historia es cuando nos alejamos de la actualidad?; ¿es casual que se esté más cerca de descubrir “los caracteres originales de la ciudad medieval” que los de todas las etapas posteriores? Cuanto más nos separamos de la actualidad —y cuando, paradójicamente, la documentación más escasea— más aislable parece lo urbano. En cualquier caso —se podría argumentar— si la historia urbana trata de explicar materialidades concretas y lugares, también sería su labor la de aclarar la progresiva pérdida de identidad de los lugares y las sucesivas superposiciones de escalas geográficas que se producen en el transcurso de la Historia: su función podría ser el explicar que para hablar de escala internacional, y de enabalgamientos cada vez más complejos de escalas. Pero no neguemos tampoco lo dificultoso de esta empresa en el estado actual de nuestros conocimientos.

Por otro lado, la condición de la historia urbana como lugar de una posible historia total, lleva aparejados los mismos peligros —si no más— que los de ésta. Es cierto que la historia de los Anales ha estado muy atenta a los límites que las estructuras materiales imponían a los tiempos de la Historia, que ha hecho jugar el espacio como variable

dentro de su esquema de tripartición de los tiempos de aquélla; pero no es menos cierto que el problema de encontrar una *concordancia* y unas jerarquías entre las largas duraciones, las coyunturas y los acontecimientos, constituye —con excepción de los intentos de la historiografía marxista— un problema todavía irresuelto. La pretensión de descubrir los tiempos de las ciudades (¿qué tiempos son los específicos de la ciudad? ¿los de las coyunturas?), puede ser una empresa todavía más larga y peligrosa que la de reconstruir esa historia total sobre la que se lleva más de medio siglo trabajando. El objetivo parece lejano y erizado de dificultades: ¿estará dispuesto el historiador urbano a tan larga y problemática espera cuando, a su vez, la misma historia actual de las ciudades exige respuestas a más corto plazo?

Pero, además, esa nueva historia urbana que hace jugar a lo material, el espacio como variable explicativa, ha avanzado en realidad muy poco más de la simple afirmación de que el espacio es resultado de determinaciones más generales y que, a su vez, condiciona a éstas. Excepto un cierto paralelismo de lo material con las largas duraciones, muy poco más sabe el historiador sobre esa especial combinación de lo humano y lo material que es la ciudad. Lo urbano es todavía, como ya se ha dicho, un campo de problemas que no ha sido reducido a sistema. Interesa por tanto ahora, preguntar a aquellos estudios urbanos preocupados desde hace tiempo por las relaciones entre lo social y lo urbano para ver si sus resultados, sobre los que el historiador siempre obtiene sugerentes indicaciones, pueden orientar su trabajo en una perspectiva más prometedora.

4. La historia urbana —se decía en un reciente encuentro de estudiosos— “permanece como una historia dependiente, una especie de subproducto de la historia general situada en un marco local o de la historia temática vertical entendida en una trama geográfica”. El primer tipo de dependencia siempre se produjo en las viejas historias locales. El segundo en cambio, se corresponde con el arranque de la historia urbana reciente: la apertura de los historiadores hacia las ciencias sociales abrió el camino al estudio de los fenómenos urbanos.

Ya se ha visto, sin embargo, que, al margen y con anterioridad a la consideración de lo urbano como algo específico por parte de los historiadores, otro tipo de aproximaciones habían producido importantes aportaciones a la historia urbana. Entre ellas, algunas sintieron pronto la necesidad de adoptar una perspectiva histórica para mejor comprender la ciudad y, del mismo modo que la historia del arte, se decidieron a investigar la “evolución del organismo urbano” o “la arquitectura de la ciudad”. Así los estudios de los “urbanistas”, jun-

to con los de los historiadores emparentados con la escuela geográfica francesa de principios de siglo, produjeron importantes trabajos centrándose en la formación histórica de la morfología urbana: su visión iría progresando desde unas angulaciones sectoriales, bien estéticas, o más geográficas hasta otras más globales. Por otra parte, aunque la escuela de Vidal de la Blache no se ocuparía casi nunca de estudiar las ciudades, otros geógrafos, recogiendo las aportaciones de la Escuela de Ecología Humana de Chicago, comenzaron a preocuparse por la organización de los usos del suelo urbano y otros problemas de índole más estructural.

En cuanto al conocimiento de la ciudad como arquitectura (como "manufat-to"), hay que reconocer el interés de la producción italiana desde los años 60 en torno a A. Rossi, C. Aymonino y otros. Esta corriente parte de las ideas de M. Poëte y P. Levedán sobre la permanencia del plano de la ciudad y de la geografía social de Tricart. El análisis de la morfología urbana a través del parcelarios y de la tipología de los edificios constituye, a pesar de la excesiva "autonomía" que se suele conceder a los hechos urbanos así considerados, una aportación indiscutible al conocimiento de la forma física de la ciudad.

Por lo que se refiere a la geografía y a pesar de las dificultades que esta disciplina atraviesa a causa de su todavía confusa definición epistemológica, hay que tener en cuenta los avances producidos por la geografía anglosajona en el análisis de los sistemas de ciudades en las últimas décadas, que han sido casi totalmente ignorados por los historiadores hasta fechas bastante recientes. Así, el desarrollo desde la postguerra de las teorías de la localización y del transporte, que ha sido la contribución más importante de la geografía al relacionar la posición, dimensión y funciones con el marco regional en que se inscriben, ha sido, salvo excepciones, generalmente olvidado en las historias urbanas actuales. A ello ha contribuido desde luego la peculiar trayectoria de los estudios geográficos que cuando han conseguido superar el carácter descriptivo que poseían a principios de siglo, parecen haberse visto invadidos por otras disciplinas de las que los geógrafos habían tratado durante tiempo de mantenerse al margen. De este modo, al ocuparse los sociólogos por la "producción del espacio", los economistas hacer economía espacial, los ecólogos apoderarse de las relaciones hombre-naturaleza..., muchos geógrafos parecen haber abandonado su propia especificidad, deslizándose hacia la economía o la sociología sobre todo. La influencia del marxismo por una parte y el desarrollo de la geografía "cuantitativa" por otra, han dado lugar a una "New Geography" cuyas aportaciones han de

ser tenidas en cuenta por el historiador urbano, pues, a pesar de su alejamiento del discurso geográfico tradicional, sus preocupaciones son esenciales para la comprensión de la dimensión estructural (funcional, de uso,...) de los fenómenos urbanos. Hay que decir, no obstante, que cada vez se oyen más voces desde la geografía para una reconducción de estas tendencias hacia lo que se considera el objetivo fundamental de la disciplina: las relaciones que se establecen entre las sociedades y los espacios que construyen, ocupan y modelan constantemente. Como ha señalado el historiador francés F. Braudel, la geografía "está necesitada de un Vidal de la Blache que, en lugar de pensar esta vez tiempo y espacio, piense espacio y realidad social".

¿Por qué estas formas de aproximación a los hechos urbanos han sido y son, generalmente, descuidadas por los historiadores? Seguramente existen muchos motivos, pero es evidente que si la historia urbana trata de ser global no puede ignorar lo que estas disciplinas han aportado al conocimiento de las ciudades, y, sobre todo, a partir de su desarrollo en las últimas décadas. La reanudación o intensificación del diálogo entre la historia y las demás ciencias sociales es una condición fundamental si se quiere comprender los fenómenos urbanos en toda su complejidad, en una *perspectiva de reagrupamiento disciplinar* y, si se quiere evitar el doble riesgo que supondría tanto la atribución a lo urbano de una autonomía excesiva como su disolución en lo social, se trataría de aclarar completamente qué es lo que entendemos con el término "urbano".

Mientras eso no ocurra, la "especificidad" de la historia urbana deberá solamente fundamentarse a un nivel operativo. El análisis histórico de las relaciones que se establecen entre espacio y sociedad, significa la acotación de un campo del conocimiento donde convergen o al menos son utilizadas muchas disciplinas. Ello significa que si, hasta el momento, la historia urbana no posee unos métodos propios, las distintas formas de aproximación al estudio del espacio urbano deberán ser utilizadas por el historiador produciendo las síntesis necesarias, sin esperar a que las otras disciplinas procedan a ello.

Naturalmente, de aquí no se deduce la existencia de una única historia urbana, sino de muchas aproximaciones diversas: desde la "ecología" hasta la "ambiental" pasando por la de las "imágenes" de la ciudad o la de los "discursos" que han acompañado a los procesos reales de urbanización y de organización del espacio de la ciudad. No se trata, pues, de quedarse en las anteriores historias temáticas que no pueden pretender una aprehensión global de los fenómenos urbanos al considerar solamente algunos de sus componentes. Pero tam-

co de indicar dogmáticamente los caminos "correctos" a las investigaciones de los historiadores, los cuales pueden obtener los mejores resultados a través de aproximaciones parciales.

En este sentido habría que destacar, como opción táctica frente a esa "estrategia histórica" que trataría de involucrar a las mencionadas disciplinas de forma progresiva, la oportunidad de algunas de esas aproximaciones. Si queremos —y necesitamos— una historia útil y "crítica" que responda de algún modo a nuestras preocupaciones presentes y que no sea mero historicismo de aquellos que practican los que se desinteresan por el decurso posterior de la Historia, es evidente que los resultados —parciales— que podamos obtener del análisis histórico de las relaciones entre hombre y medio, por ejemplo, pueden tener para nosotros un gran interés. En un momento en el que la degradación del medio producida por los procesos de urbanización del territorio se está convirtiendo en un problema vital para la humanidad, ese análisis resulta imprescindible. Algunas de las direcciones tomadas por la historia urbana y por disciplinas afines a la geografía, permiten esperar importantes avances de una posible "Ecogeografía histórica", cuyas bases están ya construyéndose desde ecólogos y geógrafos que rechazan la tradicional división entre geografía física y ecología.

5. Cuando las ciencias sociales, y entre ellas la Historia, se volcaron al estudio de la ciudad, los determinismos de tipo geográfico-natural que pretendían "explicarla" fueron dejados de lado. Los factores económicos, políticos y culturales irían adquiriendo mayor importancia y así la ciudad fue vista como "expresión espacial" de la sociedad. Expresión que no se entiende como traducción inmediata de las estructuras sociales sino que, sobre todo en los estudios más recientes, se matiza al establecer los elementos que actúan como mediadores (imágenes más o menos difusas de la ciudad, cultura urbana...). La mayor parte de los trabajos mencionados han tendido a ver en la ciudad un "reflejo" o "resultado" de los acontecimientos, de la coyuntura, de las estructuras sociales. Salvo algunas excepciones, el análisis inverso, que evidentemente hay que tener en cuenta si se quiere comprender la incidencia que lo urbano ha tenido en los comportamientos demográficos, en el funcionamiento económico, en las relaciones sociales..., no ha sido suficientemente abordado. Desde luego la introducción del razonamiento espacial en el pensamiento económico desde el siglo XVII prolongado posteriormente por las aportaciones de Von Thünen, Losch..., y en la actualidad por la "nueva geografía", ha permitido considerar la importancia que las disposiciones espaciales han tenido de cara al desarrollo de la producción en

los distintos países. Los análisis de Lefebvre y otros pensadores marxistas han descubierto el papel que la ciudad contemporánea cumple como "fuerza productiva", capaz de incidir en la producción industrial. Así, las relaciones entre urbanización e industrialización tienden a verse de manera cada vez más compleja. Por otro lado, cada vez se presta más atención a la capacidad que lo urbano posee de determinar o modelar la conducta de los grupos sociales que componen la ciudad. La caracterización del entorno puede explicarnos muchas cosas de la sociedad urbana. La división social del espacio, (la segregación espacial y social), la movilidad social en las ciudades..., han sido analizadas sobre todo por los historiadores norteamericanos antes mencionados. El análisis de la sociedad urbana a través de unas aproximaciones cuantitativas, demográficas, etc., ha producido ciertamente interesantes resultados en este sentido, ayudándonos a comprender la importancia que en nuestra civilización pueden llegar a tener los procesos urbanos.

Pero, tanto en lo que se refiere a la influencia de lo urbano en lo económico, como cuando se considera la que ejerce sobre la sociedad urbana, esos estudios no tratan de las formas en que lo urbano es instrumentalizado, modelado, utilizado por el poder (económico o político). En el caso de la "new urban history" ya se ha dicho que se trata más de una historia social en un contexto urbano. En cuanto a los análisis de origen marxista que han intentado, efectivamente, interpretar el sentido de las "políticas urbanas" en períodos recientes de la historia de la ciudad, puede decirse que, en general, solamente han considerado la dimensión económica de estas políticas. El análisis de las políticas de vivienda, de transportes, servicios..., protagonizadas por los agentes públicos o privados, se han visto así como una pieza más en el funcionamiento de la ciudad, considerada bien como lugar de reproducción de la fuerza de trabajo o como capital fijo.

La falta de espesor histórico y la presentación de generalidad de estas interpretaciones economicistas, han restado interés al estudio de la "planificación humana" (en sentido amplio) que resulta, sin embargo, fundamental como forma de aproximación a la historia urbana, sobre todo si se piensa en la importancia que las políticas de instrumentalización del espacio urbano han tenido en la ciudad contemporánea.

Sin quitar importancia a los análisis de las relaciones entre economía y espacio, está claro que las que se establecen entre espacio y poder no han sido tenidas en cuenta hasta fechas más recientes, la preocupación de las ciencias sociales por el papel del poder han tenido como consecuencia, una mayor atención por

el espacio. Y ello porque, como ha señalado P. Claval, "la denominación no puede entenderse si se elimina la dimensión espacial".

Con la preocupación por combatir las tesis deterministas y de revalorizar los factores socio-políticos, algunos geógrafos franceses agrupados en torno a la revista "Herodote", intentan la construcción de "otra" geografía (diferente de la "nueva geografía" y de la "geografía radical" anglosajona), capaz de llevar a cabo un análisis del espacio ligado al ejercicio del poder. A partir de las concepciones de M. Foucault sobre el poder (como "poder capilar"...), y sus dispositivos (los discursos médicos, jurídicos, arquitectónicos...), una nueva lectura de los espacios modernos ha sido hecha posible, favoreciendo las tentativas de interpretar las políticas sobre el espacio que tiene lugar en la ciudad contemporánea. La necesidad de proceder a la reforma de la ciudad amenazadora y patógena (en la que vive una masa de población al margen de las normas dominantes y como tal peligrosa) que emergen al final del Antiguo Régimen, produjo un amplio discurso sobre la ciudad en el que se incluye un nuevo entendimiento del espacio urbano como elementos susceptible de manipulación e instrumentalización. Las condiciones del nacimiento de la posterior "ciencia urbana" estarían así más vinculadas a la aparición de esta "política reflexiva sobre el espacio" en el siglo XVIII que a la corrección de los desequilibrios económicos de la ciudad industrial.

Este nuevo tipo de aproximaciones al significado de las políticas urbanas tiene la virtud de pasar de concentrarse en el Estado y las instituciones, a considerar el conjunto de prácticas y de efectos de difusión y de segmentación de poder en las sociedades urbanas, consideradas como lugar central de ejercicios de las múltiples formas del control social. Como el propio Foucault ha señalado, "podría escribirse toda una historia de los espacios" —que sería al mismo tiempo una "historia de los poderes"— que comprendería desde las mismas estrategias de la geopolítica hasta las pequeñas técnicas del hábitat...". El asunto reviste mayor interés y se considera que, lejos de permanecer exclusivamente al pasado, similares estrategias son, con otras formas, sistemáticamente practicadas en la actualidad. ¿Cómo explicar sino la progresiva "autonomización" de vivienda? (discurso del confort...). ¿Qué sentido tiene el reciente desarrollo de los fenómenos del subcontrato y las políticas de descentralización industrial y ordenación del territorio?

* * *

La historia urbana constituye su método desde la aportación de las distintas

historias verticales y de los estudios urbanos. En su versión más ambiciosa el historiador trata de reconstruir los tiempos de las ciudades para realizar una particular "historia total" con la riqueza de indicaciones que le ofrecen los estudios urbanos. De la misma manera, estos intentan reunirse en una disciplina de síntesis "eco-geografía histórica", que vendría a coincidir, en el límite, con la historia urbana así entendida. Ello no debería invalidar, sin embargo, las aproximaciones que, interesadas en el análisis de un tema o un problema concerniente a la ciudad, utilizan los instrumentos de la historia vertical o describen determinadas relaciones en torno a una práctica urbana concreta (urbanización y conciencia de clase, historia de los ciclos inmobiliarios, de las clases nacionales de determinadas políticas urbanas...).

El trabajo del historiador y los estudiosos urbanos parece pues encontrarse ante dos líneas de diferente pendiente. Por un lado, camina muy lentamente, tanto hacia una ambiciosa síntesis histórica que trata de construir una historia específica de las ciudades en la historia de la sociedad, como hacia una no menos ambiciosa estrategia de reunir las distintas disciplinas sociales relacionadas con lo urbano. Por otro lado, determinados análisis movidos muchas veces por la urgencia política establecen enfoques temáticos parciales tanto en el campo de lo histórico como en el de lo urbano.

Dado que, para comprender los fenómenos urbanos, necesitamos de ambos enfoques, ¿por qué no admitir la posibilidad de estos dos tipos de historia? Pero no como aproximaciones propias de dos profesiones distintas, sino con dos "maneras de hacer", con reglas necesariamente diversas, como corresponde a sus objetos de estudio: análisis de un período (que requiere exhaustividad) o tratamiento de un "problema" (que requiere focalizar el análisis sólo sobre los elementos susceptibles de resolverlo).

En cualquier caso parece evidente la necesidad de intercambiar las concepciones resultantes de ambas líneas de investigación. Esta será la única manera de evitar los peligros que se ciernen sobre ellas.

F. J. Monclús y J. L. Oyón

Este trabajo fue presentado en el "Segundo Simposio de Urbanismo e Historia Urbana de España" celebrado en Madrid en el mes de febrero de este año.

Una primera versión del mismo se encuentra en las actas de las "Cuartas jornadas de estudio sobre Aragón dedicadas al Medio Urbano (Zaragoza, 1982), que tuvieron lugar en el mes de noviembre último. No ha sido posible reproducir aquí las numerosas notas que acompañaban al texto, por lo que de interesar la argumentación completa deberá acudirse a las actas mencionadas.